

Señor Alcalde-Presidente del Ilmo. Ayuntamiento de Fasnia, - amigo Don Damián Pérez Viera -, Reverendo Señor Cura-Párroco, Sres. Concejales, queridos vecinos, familiares y amigos todos.

Un año más llega, casi sin avisar, el tan esperado mes de Agosto y con él las no menos esperadas fiestas en honor del santo patrono de nuestro pueblo: San Joaquín. Y en esta ocasión ha recaído en mí el inmerecido honor de pregonar estas fiestas que - vamos a decirlo desde ahora, aún a riesgo de incomodar a algún forastero que pueda hallarse entre nosotros -, han tenido desde muy antiguo la merecida fama de contarse entre las mejores de las bandas del Sur de Tenerife y han sido, por ello, legítimo motivo de orgullo de todos los fasnieros.

¡ Bienvenidas sean!

Igual que ocurre cuando se forma la tormenta perfecta, mi presencia hoy aquí únicamente se explica por la suma o la coincidencia de una serie de factores: el empeño de Juan Rodríguez (Juanito el de La Caja), la excesiva generosidad de nuestro Ayuntamiento, con su Alcalde al frente, y el atrevimiento de quien les habla, todo ello unido a mi natural incapacidad para dar una negativa por respuesta. Cuando, hace ya más de un año, don Damián me pidió que fuese el pregonero de las fiestas de San Joaquín en este año 2016, le dije que sí casi inmediatamente, sin pensarlo, con la imprudencia del que cree que el año 2016 no va a llegar nunca. Pero, bien lo sabemos todos, el tiempo no corre, vuela, y hoy, llegado el momento, siento una íntima satisfacción personal por la distinción que se me

hace y, al mismo tiempo una gran responsabilidad por la tarea asumida, a la vista de la talla y la valía, tanto intelectual como humana, de quienes me han precedido en esta labor.

Mi tocayo y amigo Nicolás Díaz Chico me enseñó, hace ya un tiempo, que hay fasnieros y “fasnianos”. Son fasnieros aquéllos que viven, aman, disfrutan y sufren en este pueblo todo el año. Son, o mejor dicho, somos fasnianos, lo que, sin poder vivir aquí, llevamos a esta tierra en el corazón.

Yo me confieso FASNIANO, por eso considero un doble honor haber sido invitado a dar este pregón.

Y les explicaré por qué soy FASNIANO:

Vivir en un pueblo, como nuestro querido pueblo de Fasnía fue, hasta época no muy lejana, una carga que pocos pudieron soportar. Mi familia no pudo hacerlo, al menos no todos pudieron hacerlo, y por ello una gran parte se marchó a vivir fuera, primero a Güímar y luego a Santa Cruz, donde me tocó a mí nacer y crecer. Sin embargo, creo que, como tantos otros que tuvieron que marcharse en pos de un futuro mejor, todos los miembros de mi familia siempre le reservaron a Fasnía un lugar en su corazón y en su pensamiento. Y ese fue el caso de mi abuela Violinda y también de su marido, Pancho Quintana, que aunque no era fasniero, siempre le profesó a nuestro pueblo y a su gente un profundo cariño.

Y los FASNIANOS van creciendo y poblando el mundo: al

igual que ocurrió en tantísimas familias de la comarca, no faltó en mi familia fasniera quien decidiera emigrar más allá de nuestra isla en busca de un futuro más promisorio. Los más antiguos aún recordarán a mi tío-abuelo Pedro quien, cruzando el charco, se estableció junto con su mujer, Carmen, en Buenos Aires. Hace ya muchos años que su hijo Joaquín, bautizado así en honor a nuestro patrono, a quien venera, regresa puntualmente a la isla por estas fechas, logrando además que su amor por la “madre tierra”, como él la llama, se transmita a sus hijos y nietos, quienes también nos visitan desde lugares tan distantes como Argentina, Hong Kong o los Estados Unidos. Y como ellos tantos otros hijos de esta tierra.

Fueron todos ellos, junto con mi padre, Nico y por supuesto mi madre, otra fasniera de corazón, quienes me transmitieron el apego a estas tierras atormentadas, amarillentas y blanquecinas, que desde Santa Cruz se observaban a menudo con cierto desprecio, sobre todo cuando se comparaban con las fértiles y exuberantes campiñas del Norte de Tenerife.

Recuerdo haber discutido muchas veces con mi amigos, en mis años juveniles, defendiendo casi siempre en solitario la belleza descarnada e inhóspita de esta tierra, que para la mayoría de ellos no pasaba de ser un semi-desierto carente de valor. Todo se resumía en la consabida frase: qué bonita es la carretera del Norte, pero qué fea es la del Sur.

Hoy podemos decir que, afortunadamente, todo ello ya pertenece al pasado: hemos superado tanto aquellas grandes dificultades

que entrañaba vivir en un pueblo como la consideración despectiva del sur.

Es cierto que vivir en un pueblo sigue siendo difícil por las menores oportunidades de trabajo, de educación, de futuro para los hijos y por un largo etc.. Sin embargo, los que han permanecido en él van logrando hacerlo más habitable, acogedor y próspero y la mejora de los transportes y de las comunicaciones lo han acercado al resto del mundo. Por ello, los que han tenido que marcharse procuran volver y tratan de reencontrarse con el pueblo. Porque Fasnía, como muchos otros pueblos, conserva todavía la íntima conexión del hombre con la naturaleza y con la tierra. El pueblo es reserva de una vida más humana, más próxima a las otras personas, más fundida con las raíces de cada uno. El pueblo no desprecia la técnica ni el progreso, pero tampoco permite que estos lo anulen y lo desbordeen. Conserva la posibilidad de que seamos dueños de nuestro tiempo, de nuestra historia y me atrevo a decir que hasta de nuestro destino.

Pero además, como dije, vamos superando la visión peyorativa del Sur-este, territorio pobre y feo, frente al Norte, próspero y hermoso. Creo que, por fin, la gente del Sur hemos empezado a querernos, a apreciar nuestra tierra, nuestro paisaje, nuestra vegetación, tal y como es, sin complejos. Antes mirábamos al Sur y no veíamos nada. Hoy encontramos belleza y oportunidades y vamos situándolo en el lugar que le corresponde en el marco insular.

Me pidió el Sr. Alcalde que en mi pregón narrara mis vivencias

y mis recuerdos de Fasnía. Con mucho gusto atiendo su petición:

Mis recuerdos más antiguos de Fasnía son largos, pausados, somnolientos veraneos familiares: llegábamos a comienzos del estío, cuando se terminaban las clases, cargados de maletas y de ilusiones, para quedarnos hasta principios de septiembre, disfrutando del caluroso verano.

Recuerdo aquellos veraneos como un cielo azul infinito, mezclado con el intenso olor de los panes de leche que por las mañanas se cocían en el horno de leña de la antigua panadería, junto a nuestra casa.

Yo llegaba compartiendo con mi hermano el maletero de la vieja rubia marca “Volvo” de mi abuelo, el mismo maletero en el que después llevaríamos a Santa Cruz las papas, los bubangos, las calabazas y el millo que con tanto esfuerzo cultivaban Benigno y sus hijos, mis mejores amigos en Fasnía (Benigno, Manolo, Fernando y Antonio).

El viaje desde Santa Cruz se hacía penoso, pero pronto llegaban las compensaciones: la primera la encontrábamos en la Fonda de Laureano y su mujer, parada obligatoria, donde al mismo tiempo que recuperábamos energías, mis abuelos aprovechaban para ponerse al corriente de las principales novedades.

Luego corríamos a abrir la casa de Pancho y Violinda, junto al casino, que nos esperaba con su ambiente inconfundible después

de varios meses cerrada. Cada año revisábamos emocionados las distintas estancias, una a una, con la ilusión imposible de encontrar algún cambio, Felizmente, todo estaba siempre como lo habíamos dejado la última vez.

Cuando ya habíamos terminado de instalarnos tocaba saludar a los parientes y amigos, y cada cual iniciaba su particular ruta: había que saludar a Onés, en su bar, frente a la funeraria, compañero de perras de vino de Pancho; por supuesto, a María La Curra y sus hijas, que nos esperaban sentadas fuera de su casa, al fresquito, sólo unos metros más allá; luego visitábamos, casi a un tiempo, a Chelo y a Catalina en sus ventitas de El Rincón. Las dos nos recibían cada año con sonrisas renovadas, unos cuantos besos y un repertorio de golosinas que, por supuesto, mi madre nos obligaba a rechazar, pero que finalmente lográbamos comernos gracias a que ellas insistían una y otra vez, generosamente, en una ceremonia que aún hoy, cuarenta años después, no puedo olvidar.

Muy cerca, también en el Rincón, estaban Alonso, en el Gran Parada, el Bar de Campos, la Ferretería de mi amigo Pepín, que tan pronto nos dejó. También había que saludar a Jorge Esquivel y a Severiana; a Sergio y a Luz, en el Bar de la Plaza; a don Miguel Suárez; a Mundo, a Genaro, a Emiliano y tantos otros amigos de la familia que, estoy seguro, se alegraban sinceramente de reencontrarnos. Recuerdo especialmente a Manuel y a Orfela, en el cuartito de La Morra, y por supuesto a Benigno y a su mujer, Nati. Y llegados a este punto quiero hacer un merecido homenaje a una de las cosas que más me gustaba de Fasnía: el acento y la inconfundible

forma de hablar de los fasnieros.

Benigno y Nati hablaban con un perfecto, inmejorable, acento fasniero. En aquellos tiempos infantiles que ahora me esfuerzo en recordar, mi particular reto cada año era, simplemente, entenderlos. A mí me maravillaba cómo mi padre y mi abuelo hablaban con ambos de corrido, sin ningún problema, porque para mí era casi como si hablaran un idioma distinto. Tengo que confesar que en aquellos primeros tiempos yo no les entendía nada, o casi nada, al menos a la primera, y por eso les obligaba a repetir las frases una y otra vez, como el que aprende un idioma.

Con el tiempo fui superando la barrera del acento, y con un poco más de tiempo llegué a comprender que el secreto del habla fasniera no está solo en la forma, es decir, en el acento y en la rapidez con que hay que pronunciar las palabras. También está en el fondo: el habla fasniera usa frases cortas y se adorna con fina ironía y grandes dosis de socarronería, de ahí que el buen hablante procura siempre decir, con muy pocas palabras, exactamente lo contrario de lo que realmente piensa y quiere dar a entender.

Yo tenía dieciocho años cuando traje a Fasnía por primera vez a quien por entonces era sólo mi flamante novia, que acabaría convirtiéndose en mi esposa, Mita, que hoy es más fasniana que yo. A esa edad yo ya entendía razonablemente bien el “fasniero”, pero ella era ajena a su existencia. Fuimos a visitar a Nati que, con su habitual hospitalidad, nos invitó a una gotita de café. Conversamos animadamente, en torno a la mesa, un buen rato. Después de despe-

dirnos, ya de vuelta a casa, Mita me preguntó muy seria qué idioma hablaba Nati. Entonces recordé que para los novatos no es fácil entender el buen fasniero.

Hoy compruebo con cierta nostalgia que ese acento y esa forma de hablar única, tan divertida, tan nuestra, que nos identifica, se va diluyendo poco a poco, tal vez por efecto de la enseñanza normalizada y de la televisión, aunque por fortuna aún quedan buenos intérpretes de nuestra habla y unos pocos maestros auténticos que constantemente nos sorprenden con su sabiduría ancestral

Yo disfrutaba sin parar de todas las actividades veraniegas: -

- las reuniones en el patio de las bodegas, frente a la casa familiar de La Morra, donde se congregaban parientes y amigos por las tardes, para jugar al envite o simplemente para conversar animados por unos lingotazos de vino de cualquier de las bodegas de la zona. Allí tenía lugar también la muerte del cochino, con todo su ritual.

- las escapadas a las huertas para coger fruta, ¡Ah!, las frutas de aquellos días, que no pasaban de higos picos o higos de leche, nísperos, almendras, ciruelas y uvas. Todavía no conocíamos los mangos, aguacates o papayas.

- los esperados baños, a veces en las playas de Los Roques, a veces en alguna de las charcas del pueblo (sobre todo en la de mi tío Jorge, que había reconvertido su vieja charca en piscina, mediante el sencillo truco de colocarle una escalerilla de hierro para entrar y salir) .

- las sesiones de cine, un par de veces por semana, con su



habitual suspense: hasta el último momento no sabíamos si Jorge pasaría la película, porque dependía del público que asistiera. Más de una vez canceló la sesión por falta de quórum, con nuestra consiguiente decepción.

- las coladas en los banquetes de las bodas que se celebraban en el Casino. El instigador era siempre nuestro amigo Manolo. Cuando se enteraba de que se iba a celebrar una boda, pasaba por casa. Allí esperábamos juntos el momento oportuno, cuando los invitados subían las largas escaleras que desde la carretera conducen al salón de los banquetes, y entonces nos colábamos mezclados con los invitados. Si alguien reparaba y nos preguntaba si habíamos sido invitados, él respondía ufano: “a nosotros no nos avisaron, pero tampoco nos desavisaron”. Y con ese sencillo argumento se resolvía la cuestión.

Pero había algunos momentos que yo esperaba con especial anhelo: uno era las excursiones al Camino Real, el otrora magnífico caserío construido en el Siglo XVII por la familia Delgado Mejías, descendiente del último Mencey de Adeje, que había sido adquirido en parte por mis bisabuelos, Celestino y Eduvigis, a su regreso de Cuba, allá por el año 1900. Tiene esta compra una anécdota curiosa: se cuenta que cuando estos fasnieros, a su vuelta de la aventura americana, buscaban dónde invertir el dinero que habían traído de Cuba, le ofrecieron comprar el entonces Hotel Quisisana, en Santa Cruz, con todo su mobiliario, y tal fue su primera intención. Pero, hallándose todos los documentos preparados para su firma en la Notaría, Eduvigis le dijo a Celestino: ¿qué sabemos nosotros de hoteles? ¿qué te parece si volvemos a Fasnía y compramos algo allí? Y así

fue cómo compraron una parte del Caserío del Camino Real, donde se establecieron y nacieron sus hijos.

Yo lo conocí ya abandonado por todos sus moradores. Lo visitaba acompañando a Benigno, ya convertido en mi maestro particular en todo lo relacionado con huertas y cabras. Salíamos caminando los dos desde su casa en Las Vistas, bajando por los Morros Vivos hasta llegar al Caserío. A mí se me antojaba una verdadera excursión, sobre todo la vuelta, que era una subida prolongada. Pero el esfuerzo bien merecía la pena: Benigno guardaba allí, además de otros animales y de un sinfín de cosas a mis ojos inservibles, dos o tres cabras que ordeñaba cada tarde con destreza inigualable y una mula blanca, que de bonita parecía una yegua. Para mí, niño de ciudad, aquél caserío centenario y casi en ruinas, que había sido el hogar de mis antepasados, era un mundo mágico. Mientras veía deambular animales por los cuartos y los patios, trataba de imaginarme cómo habría sido la vida de las personas que nacieron y vivieron bajo sus techos y creo que fue en aquellos días cuando comencé a pensar que sería muy emocionante devolverle su pasado esplendor. Hoy agradezco a la suerte y a mi esposa, que me hayan permitido cumplir ese sueño.

El otro gran momento del verano era la llegada de las fiestas de San Joaquín, y ésta es otra de las razones por las que me siento especialmente orgulloso de pregonarlas: deben saber ustedes que, durante muchos años fueron precisamente San Joaquín y sus fiestas, estas fiestas que hoy comenzamos a celebrar, mi principal cordón umbilical con Fasnía. A medida que mis abuelos se fueron ha-

ciendo mayores y sobre todo después de su fallecimiento, los veraneos se fueron acortando hasta desaparecer y las visitas al pueblo se fueron espaciando. Pero nunca falté a la cita con San Joaquín. Estas fiestas que pregonó se convirtieron en el vínculo que me permitía volver a sentirme parte del pueblo por unos días. Por ese entonces sustituí a la familia por los amigos. Nos instalábamos un pequeño grupo de amigos y yo, en la casa de mis abuelos, unos días antes del fin de semana grande y durante esos días empatábamos sin desaliento comidas; perras de vino en las bodegas; parrandas a golpe de guitarra y timple, muchas de ellas con el Rubio, en el Brisas del Teide; y bailes, sobre todo bailes, todos los bailes posibles, hasta el amanecer, en una plaza de San Joaquín que recuerdo siempre abarrotada, en la que se enseñoreaban por igual los laureles de indias y el olor a carne de fiesta procedente de los muchos ventorrillos que rodeaban la Iglesia.

Disfrutábamos, en fin, de todos los ingredientes de unas buenas fiestas de pueblo, sin excepción y sin descanso, reeditando año tras año la alegría de las fiestas y el reencuentro con los amigos de siempre, y de ese modo las festividades de San Joaquín acabaron haciéndose famosas entre mis amigos santacruceros que, desde que entraba el mes de agosto, comenzaban a prepararse para la siguiente edición.

Son estos, sin duda, algunos de los recuerdos más gratos de mi juventud. Luego llegaron otros tiempos, tiempos de estudio y de trabajo intenso, de madurez, hasta que a la vuelta de algunos años Fasnía y yo volvimos a reencontrarnos, de la mano una vez más del

Camino Real y de las fiestas de San Joaquín.

Son las fiestas imprescindibles, por muchas razones, fáciles de enumerar:

Porque, ante todo, son fiestas patronales, las celebramos por tradición secular en honor al santo patrono, al que hemos confiado la protección de nuestro pueblo. No podemos olvidar ese sentido religioso, tan importante para casi todos nosotros.

Pero, además constituyen una ocasión única para el reencuentro, para la reconciliación, para la vuelta, siquiera sea breve, a las raíces.

Son la ocasión idónea para hacer un descanso en el camino, compensando el esfuerzo y los sinsabores del trabajo diario con dosis de alegría y desenfado.

Las fiestas fortalecen valores esenciales como la amistad, la solidaridad, la cooperación y ayuda mutua.

Las fiestas son, ante todo, diversión, y – sin necesidad de ser psicólogo - estoy convencido de que la diversión es imprescindible para el bienestar individual y colectivo.

Por si fuera poco, fiestas populares como las de Fasnía mantienen viva nuestra cultura tradicional y vernácula. En estos días de fiesta adquieren el protagonismo que realmente merecen muchas

de nuestras señas de identidad, como el folklore musical, - que en Fasnia conserva piezas tan importantes como la danza, con su tajaraste vinculado al mundo guanche-; como la gastronomía típica; como los deportes vernáculos, fundamentalmente la lucha canaria, en la que somos auténticos puntales, como la artesanía, protagonismo que en estos días se les reconoce generosamente y por el que pugnan, con desigual resultado, el resto del año. Hay que reconocerle a las fiestas populares el papel crucial que han desempeñado en la conservación y difusión de estas manifestaciones.

Para concluir quiero dar un giro a mi discurso. Hasta ahora me he referido al pasado, haciendo un recorrido por mis recuerdos y mis vivencias en Fasnia. Quiero terminar mirando hacia el futuro, tratando de imaginarme cuál será nuestro futuro colectivo.

Y me propongo enviar desde esta tribuna privilegiada que el Ayuntamiento me presta, un mensaje optimista: estoy seguro de que Fasnia tiene, ahora más que nunca, mucho futuro, porque afortunadamente, estamos entre todos redescubriendo las ventajas de la cultura tradicional y hoy, quien no tiene un pueblo se lo busca. Hoy el pueblo es un complemento indispensable de la ciudad, como ésta resulta vital para el pueblo.

En el aspecto económico, estoy convencido de que asistimos al final de un ciclo. Estamos al final de una época en la que la gran aspiración de muchas sociedades ha sido incorporarse plenamente al movimiento globalizador, y estamos cambiando ese ideal de globalización por un concepto completamente distinto, basado en el

desarrollo de la economía local. La globalización, no cabe duda, ha traído grandes avances y ha contribuido decisivamente a mejorar la calidad de vida de muchas personas en todo el mundo, pero hoy también podemos identificar con claridad sus efectos secundarios, las consecuencias perjudiciales especialmente patentes en los ámbitos socio-cultural, económico y medio ambiental. Y nuestra sociedad vive una lógica reacción frente a los excesos de la globalización. Esa reacción nos lleva a volver los ojos hacia la cultura tradicional, hacia las actividades económicas sostenibles, respetuosas con la naturaleza, que no agotan los recursos naturales, hacia la puesta en valor del territorio y del paisaje, considerado como un bien digno de la más alta protección y conservación; nos lleva a construir un nuevo derecho fundamental de la persona: el derecho a la belleza, según el cual todos tenemos derecho a vivir en un entorno no solo digno, sino también bello.

Todo esto se traduce en la necesidad de impulsar, desde la iniciativa pública y privada, más actividades ecológicas en todos los sectores: por supuesto en el sector primario, incrementando la agricultura, la ganadería y la pesca ecológica y sostenible; también en el sector de las energías, aprovechando los inagotable recursos eólicos y solares de nuestro territorio; y, como no en el sector servicios: Fasnía cuenta con unas condiciones inmejorables para el desarrollo del “eco-turismo”, un nuevo concepto de turismo que se abre paso con rapidez, que, a diferencia del turismo de masas convencional, no destruye el territorio ni el patrimonio material, ni el patrimonio cultural de la isla, sino que, muy al contrario, lo conserva, lo potencia y lo pone en valor. El turista ya no busca únicamente sol y playa.

También quiere conocer la historia del lugar, su patrimonio, su gastronomía, sus gentes, mezclarse con ellas; participar en suma de una cultura distinta, viviendo de un modo diferente por unos días.

Y si no... que le pregunten a los asiduos a la Tasca Chicato que podrán contarnos qué es lo que les gusta a las turistas polacas...

En esta nueva época que ahora comienza, en la que enfrentamos lo local a lo global, Fasnía y su gente tienen mucho que aportar, por muchos motivos: porque su territorio no ha sido consumido y conserva todo su potencial y su singularidad, que lo hacen único, pero, sobre todo, porque los fasnieros, lo he podido comprobar personalmente, han sabido conservar todos esos conocimientos acumulados durante generaciones que permiten aprovechar al máximo los recursos disponibles. Son conocimientos que en otros lugares se han perdido para siempre y que sin embargo el pueblo de Fasnía ha preservado - como un diligente guardián de las tradiciones- , y que van a ser necesarios satisfacer las nuevas demandas de la sociedad moderna. Nuestro pueblo es hoy depositario de una rica cultura, un acervo que debemos empeñarnos en conservar, enriquecer y transmitir a las futuras generaciones. Un modelo a seguir.

Los nuevos aires están generando oportunidades para los pueblos como nunca antes había sucedido y Fasnía debe aprovecharlas. Para ello debemos saber qué es lo que nos hace distintos, cuáles son los ingredientes de nuestra cultura, nuestros valores, nuestros recursos y potenciar todo ello. En el aspecto más visible,

una de estas señas propias es la arquitectura tradicional: todas sus muestras son igualmente únicas y valiosas, desde la casa más rica hasta la cueva más humilde, porque todas están perfectamente adaptadas al medio y son la expresión de una cultura propia. Por ello todas merecen ser conservadas. Sueño ahora con un pueblo embellecido, que recupere y ponga en uso las muchas joyas que aún conserva de esa arquitectura tan bella, que es patrimonio de todos, antes de que se pierdan para siempre.

Hoy es un día para la lírica y el recuerdo, y quiero que mi pregón sea más dado a la esperanza que a la nostalgia. En mi afán de decir cuanto siento y quiero de la forma más clara y más bella posible, me gustaría decir que ya sé, que ya sabemos, que probablemente Fasnia no sea el mejor pueblo del mundo. Claro que lo sabemos. Pero para nosotros es como si lo fuera. Como todo hijo para su madre. Y sé, todos nosotros lo sabemos, que debemos seguir bregando para que este pueblo mejore día a día, poco a poco, y pueda contarse entre los mejores.

Pero ahora es tiempo de disfrutar: de mostrar nuestra danza de las cintas, de tocar el pito, el tambor y las castañuelas a ritmo de tajaraste; de deleitar nuestros oídos con isas y folías, de amanecer con foguetes y música en la plaza; de echar un torneo de envite y cantar un “chico fuera”; de degustar nuestra más rica gastronomía canaria.

También es tiempo de celebrar la eucaristía; de vivir las verbenas, de emocionarnos al ver una burra, una cadera o un *garabato* en la Lucha Canaria; de despedirnos del día con una exhibición de fuegos



artificiales. En resumen, es tiempo de revivir las tradiciones de antaño y presumir de ellas.

Hoy Invito y convoco a todos, sin distinción, jóvenes, adultos y niños, fasnieros, fasnianos y forasteros, a participar y a disfrutar de estas entrañables fiestas que seguramente sean una fiesta patronal más, pero que, como su municipio, son también una fiesta diferente. Porque, sí, queridos amigos: ahora es el tiempo de Fasnía.

Nada más. Sólo me resta expresar mis agradecimientos:

Al Ayuntamiento, a la Concejal a la Comisión de Fiestas por hacer posible un año más estas celebraciones; al Sr. Cura Párroco por cedernos la Iglesia, la casa de San Joaquín, que es la casa de todos nosotros; a todos ustedes por su asistencia y su amable atención. Y al pueblo de Fasnía por acogernos, a mi familia y a mí.

¡Felices fiestas!

¡Viva Fasnía y viva San Joaquín!